

El Carbonero

Érase un carbonero, y ya os podéis imaginar desde luego, que no le faltaba pobreza, que le sobraban hijos, y que lo que ganaba a duras penas cubría sus escasas necesidades. El tal carbonero andaba siempre hecho una lástima, sucio, andrajoso y mal cuidado.

Llegó el día en que no le quedó para comer ni un mendrugo de pan; su numerosa prole limpiaba las migajas de la mesa, con una rapidez, que le acongojaba. Entonces juró y porfió que el día que pudiese ir al bosque y hacer una buena carga de carbón, se comería el solo, a sus anchas y libre de molestos pedigúeños, una gallina entera.

Salió pues, una mañanita muy temprano para el bosque, y hecha muy pronto la carga de carbon, puso en práctica lo que se había propuesto y tanto deseaba.

Cogió una gallina, la mató y la puso a cocer al fuego dentro de un puchero.

Mientras se cocía, pasó un gran señor, muy bien montado, con ricas espuelas, capa rozagante y lucida cabalgadura, el cual le dijo:

—Dios os guarde, carbonero.

—Dios os guarde, caballero.

—¿Me quisiérais dar de la gallina que se cuece en este puchero?

El carbonero le miró de hito en hito enojado de verle tan bien vestido y que aun así le pedía lo que era tan suyo, y no pudo menos de

preguntarle:

—¿Quien sois vos que así sabéis lo que cuezco?

—Soy la Suerte, le respondió el caballero.

—¿La Suerte? Pues no quiero daros nada, porque sois la misma injusticia; a los unos se lo dais todo, a los otros ni un adarme. Id en hora mala.

Quedóse en paz el hambriento carbonero, saboreando de antemano el rico bocado; más he aquí que apenas tenía la gallina cocida y a punto de sacarla del puchero, se presentó otro señor, vestido muy pobremente, casi desnudo y montado en un caballo tan flaco que se le podían contar uno a uno todos los huesos. El segundo caballero le vino con el mismo cuento que el anterior.

—Dios os guarde, carbonero.

—Dios os guarde, caballero.

—¿Me quisiérais dar de la gallina que tenéis dentro de este puchero?

—¿Y quien os ha dicho que aquí se cuece una gallina? Un solo día quiero darme vida regalada, ya todo el mundo sabe que he de comer gallina. ¿Quien sois?

El caballero le responde:

—Soy la muerte.

—¡Ah! ¿Sois la Muerte? dijo el carbonero. Venid y de mil amores nos partiremos la gallina, porque sois la misma justicia; a todos hacéis igual cuenta y así me trataréis a mí como al más rico del mundo.

Sentaos.

Y con la mejor armonía pu-
siéronse a comer de la gallina, el
carbonero y la Muerte.

En concluyendo de comer y be-
ber, la Muerte le dijo:

—¿Que quieres? ¿Que te falta?
No seas corto en pedir. Todo te
lo puedo dar.

Y el carbonero le contestó:

—No me falta más que dinero. En
cuanto a lo demás no le de que-
jarme. Tengo muchos hijos y una
mujer excelente.

—Serás servido, le replicó la Muer-
te. Te daré en abundancia lo que
pidas.

El buen carbonero, con todo y
sus deseos, no se atrevía a pedir
nada.

—¿Tendrás bastante con toda tu
casa llena de oro?

No hay que decir si quedaría sa-
tisfecho el pobre carbonero.

La Muerte le advirtió que quan-
do llegaría a su casa la encontraría
toda llena de aquel rico metal, es
decir, que materialmente no podría
entrar.

El carbonero llegó a su casa, y
efectivamente lo halló todo como
la Muerte se lo había dicho; las ha-
bitaciones estaban cuajadas de di-
nero. No se podía dar un paso.
Su mujer estaba fuera y los chiqui-
llos jugaban en el portal. Los to-
mó y se los llevó a una tienda para
cubrir su desnudez, y el y sus hijos
se vistieron como unos ricos seño-
rones.

—Cuando la mujer del carbonero
llegó a su casa quedóse como vien-

do visiones ante aquel extraordina-
rio espectáculo, y más que admira-
da exclamó:

—¡Ah! ¡pobre de mi marido que
se ha vuelto loco! ¿De donde ha
sacado todo esto?

—Mira, calla y no te preocupes, le
contestó el carbonero, porque todo
esto muy nuestro es. Me ha caído
encima toda una fortuna.

Y le enseñó cuanto dinero po-
seían y que era imposible contar.
Después hízola ir también a la
tienda a vestirse por el mismo es-
tilo que el y sus hijos; es decir, al-
hajada y adornada como una po-
derosa dama.

Cuando estuvieron equipados, se
les ocurrió construirse una casa
magnífica y espaciosa; luego com-
praron coches y trenes suntuosos;
en fin, que se pusieron en el mismo
pié que unos marqueses, y se da-
ban muy buena vida y todo el día
iban en coche.

Al cabo de algún tiempo la
Muerte fué a verle y le dijo:

—Ándate con tiento, que no haces
más que gastar dinero y como todo
tiene fin en este mundo, por mucho
que tengas se te acabará. Es me-
nester que sigas un oficio u otro.
Dí que oficio prefieres y al momen-
to te pasaré maestro.

El carbonero no sabía que res-
ponder y la Muerte le preguntó:

—¿Quieres ser droguero?

El carbonero respondió:

—Como no sé escribir, no podría
anotar lo que vendiera al fiado y
lo perdería todo.

La Muerte añadió:

—¿Quieres ser boticario?

El carbonero respondió:

—Como no sé leer, no podría entender las recetas y daría una medicina por otra.

Entonces la Muerte le repuso:

—Pues te diré un oficio que no podrás rehusar, porque no habrás de leer ni escribir.

Y le ofreció ser médico.

El carbonero le replicó que no quería serlo, porque no sabía hacer recetas; y la Muerte le contestó que no tendría que recetar; que ya le explicaría como habría de hacerlo, pues curaría sin remedios.

—Cuando vengan a buscarte de una casa, le dijo, mira detrás de la puerta y si me ves a mí, por sano y sosegado que esté en apariencia un enfermo, dá prisa a los de la casa para que le hagan confesar y comulgar, porque será señal cierta que habrá de morir. Y cuando no me veas, por doloroso y grave que el mal sea, les dirás que no le hagan ningún remedio, que tu les aseguras que no se morirá, y como todo lo adivinarás, de todas partes vendrán a buscarte en procesión tendida.

Hízolo así y como en efecto, todo lo acertaba, pedían por el de todas las partes del mundo. Solo con una visita tenía suficiente para curar y desahuciar un enfermo y sin embargo ganaba muchísimo dinero.

Pasado algún tiempo la Muerte volvió de nuevo a verle, y le manifestó que, habiéndole visitado dos veces en su casa, deseaba que

el fuese siquiera una vez a la suya.

Y así lo hizo en efecto. Le devolvió la visita y la Muerte le mostró unos armarios donde había muchas candilejas encendidas. Unas daban muy buena luz, mientras otras se iban acabando. Preguntóle que eran aquellas luces y ella le contestó:

—Son las vidas de los hombres.

Y entonces le enseñó una luz que por momentos se extinguía y le dijo que aquella era su vida, que corriese a su casa y se confesara y comulgara, pues a las pocas horas moriría.

El buen carbonero, apenas re- puesto del tremendo susto que le causó aquella desagradable noticia, se fué derecho a su casa sin detenerse, y encargó a su mujer que fuera a buscar a toda prisa un sacerdote para confesarse.

Pero su mujer que le veía tan sano y bueno no daba crédito a sus palabras, y se contentó con exclamar:

—¿No decía yo que mi marido era loco? Ahora la ha dado en quererse confesar y comulgar, y en decir que se va a morir estando bueno.

Por fin, viendo que tanto y tanto se impacientaba le obedeció.

E hizo muy bien, porque pocos instantes después de haber confesado y comulgado, acabó en paz y en haz de Dios sus días el buen carbonero, cuya mayor fortuna fué el no haber desatendido el aviso que le dió la Muerte, su más leal amiga.